





LA HABANA  
ES MI SEXO



Eduardo Angarica

LA HABANA  
ES MI SEXO



Primera edición: octubre de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Eduardo Angarica

ISBN: 978-84-18366-06-2

ISBN digital: 978-84-18366-07-9

Depósito legal: M-12737-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A la Literatura y este libro,  
que me han salvado.  
A mis padres,  
que extendieron sobre mí su confianza,  
más allá de lo que debían.*



# SEXO EN LA CATEDRAL



# I

—Échamela en las tetas —me dijo Bell, la primera estadounidense que me follé.

—¿La quieres toda?, perra, canina, hija de... —no pude terminar de insultarla; derramé toda mi leche sobre sus pechos mientras ella extendía la lengua en busca de una porción.

Esa noche, mientras Bell se duchaba bajo mi semen en el campanario de la catedral, dos diáconos ocultaban al fallecido obispo Cifuentes. Bell, aún excitada con la experiencia de hacer el amor con un mestizo de mis cualidades y profanando el templo más importante de la ciudad, bajó colgada de mi cuello; me tocaba el culo y susurraba groserías típicas de post-orgasmos. Yo también estaba excitado: Bell me gustó, al final de todo me gustó, lo reconozco, pero la excitación se esfumó en cuanto vi la sombra de los sacerdotes cargar el cuerpo del obispo. Les resultaba fácil; Cifuentes era en extremo delgado, y, los que a primeras juzgué de asesinos, la antípoda perfecta.

—¿Qué sucede? —dijo Bell en su acento gringo. La detuve en el acto y le cubrí la boca; los ojos desorbitaron cuando señalé la escena clericidia.

Bajaron con el cadáver a la cripta secreta. No sabía de su existencia, como tampoco sabía de la escalera oculta que ascendía al campanario. Aún desde mi posición en lo alto podía verlos. Abrieron uno de los sarcófagos, justo el que estaba en el ángulo izquierdo, y allí depositaron al finado.

—¿Quién es el muerto?

—Tenemos que salir de aquí.

—Sí, y avisar a la policía.

—Habla menos... y no, olvídate de la policía. Este país cada vez es menos laico...

La cripta fue cerrada nuevamente. Uno de los diáconos comenzó a limpiar las pocas máculas de sangre que mancharon el piso. Sin advertirlo, Bell tomaba fotos con el celular. Los religiosos debieron escuchar algún sonido, buscaban con la vista erráticos, pero nunca se les ocurrió mirar en dirección a las escaleras del campanario; era un sitio en desuso e incógnito, como si no existiera, por eso lo escogí para ofrecer parte de mis servicios de sexo oneroso.

El piso recuperó la pulcritud aparente de cada día, y los sacerdotes se marcharon tranquilos. A mí, en cambio, no me quedaba claro el plan de todo aquel operativo sacro. ¿Cómo justificarían la desaparición

del obispo? ¿Quién los convenció de semejante crimen? ¿Por qué matar al obispo Cifuentes? ¿Acaso era un regalo metafórico a los 1000 años de la ciudad? ¿O volvían los tiempos de sacrificios a los dioses? No debí hacerme esas preguntas, ni antes ni después de salir de la catedral con Bell, más excitada que al inicio.

—Quiero repetir, ahora es más divertido.

—Estás loca, hay un muerto...

—Por eso...

—Dios mío —me persigné y extendí la mano—. 50 dólares más.

—¿Vamos a repetir?

—No, pero si te excitó el asesinato, me lo debes. Cobro por horas y servicios especiales.

—Vaya, además eres muy hábil.

—Ni te imaginas. Y apúrate, que debo escribir todo lo de esta noche... es increíble —musité.

—¿Escribes?

—Erotismo, pero la historia de esta noche no tiene competencia entre mis relatos.

—¿Piensas publicarlos?

—Algún día, no sé; por el momento solo me interesa escribir las historias interesantes y eróticas que me ocurren en el trabajo.

—*Won, that sound great. Gigoló* y escritor.

—Así es... pero el relato del obispo es lo que faltaba a mi libro.

—«Un obispo muere mientras un prostituto y su clienta tienen sexo en la catedral».

—Eso... *Sexo en la catedral*, así se llamará.

—*Sexo en la catedral* —concluyó ella.

—Eh, eh, vamos, mis 50 dólares...

—Espera... —dijo mientras revisaba la cartera.

—¿Qué pasa?

—Mi móvil...

—¿Dónde está...?

—No lo sé... no está aquí.

—Por favor, dime que es broma.

—No. No bromeo con mi móvil, es el último modelo, un Samsung Gold.

—No puede ser... mierda. Nos jodimos —grité.

—Pero es que yo...

—Más nos vale que los sacerdotes no lo encuentren.

—Vamos a la policía...

—Bell —la agarré fuerte del brazo—. Aquí la iglesia tiene mucho poder, controlan todo: si descubren tu móvil, no les costará nada enterrarnos junto al obispo.

## II

Tengo dos dones: soy sexy, extremadamente sexy, cualquier chica, todos los hombres, en fin, cualquier persona desearía acostarse conmigo. Puede que mi lenguaje ahora les resulte más bajo, pero esta parte del relato lo justifica. Existe algo dentro de mí, además del físico, algo que no sabría definir, capaz de arrastrar al pecado de la carne al mismísimo Papa, si me conociera. Lo digo yo y lo confirman todos.

Mi otro don: escribir, se me da genial. Algunos lo dudan porque suelo utilizar un lenguaje muy sencillo, coloquial, y no advierten que ahí está mi virtud como escritor; con un lenguaje así de claro me entiendo con todo género de lectores. Sí, ya tengo un par de novelas publicadas, bajo pseudónimo, claro. Rinden algo de dinero, pero no es suficiente para el estilo de vida que llevo, así que me prostituyo. Ahora mismo no sé si soy un *gigoló* que escribe o un literato que vende su cuerpo.

La Habana es mi sexo y yo soy la sexualidad de La Habana. En esta ciudad de la que saldría solo para confirmar las ganas de volver me he convertido en lo que responsablemente soy y deseo ser.

Lo más risible de todo esto es que no nací ni para *gigoló*, mucho menos para escritor. Fui hasta hace unos años el chico más feo que te puedas imaginar, sin ninguna gracia para la conquista o el flirteo, y en letras siempre fui pésimo, con faltas de ortografía del tipo: escribir amor con H o asegurar que objeto se escribía con P y no con B. Horrible. Para las chicas yo no existía, un día intenté con un chico y el resultado fue peor: me dijeron que debería convertirme a cura y follarme a los monaguillos, solo así sabría lo que era sexo, porque mi cuerpo enclenque no ayudaban mucho. En la materia de Lengua llegué a suspender tres exámenes seguidos, en los tres cometí el mismo error: escribí 27 veces distintas la palabra «Himno».

¿Que cómo ahora mis dones son el sexo y la literatura? Pues lo típico, me metí al *gym* y comencé a asistir a un taller literario. En el *gym* un colega —muy bueno que estaba, por cierto— tuvo pena de mí y se ofreció a ser mi entrenador personal gratis... En el taller una chica, la mejor escritora novel que conocí, me sugirió leer, leer mucho, y comenzó a prestarme libros. Primero contemporáneos, decía que era un error comenzar con clásicos que solo se leían por

obligación en los colegios. Había que entender lo que sucedía en el ámbito de las letras del momento, y eso hice. Mi ortografía mejoró considerablemente, nunca me lo esperé. Mientras en el *gym* musculaba, en el taller me felicitaron por el avance de mi lenguaje y estilo. El problema eran las historias que narraba, no tenían gancho. Se lo comenté a mi colega del *gym* y me dijo, «ve a las duchas cuando esté por cerrar el gimnasio y vas a sorprenderte con las historias que se ven allí».

Fue un espectáculo: por primera vez supe cómo se hacía el sexo, era otro de mis mundos desconocidos. Cuando leí los nuevos relatos en el taller hubo una excitación general, todos en silencio. Vi en sus caras imaginando las duchas del cuento y los chicos, las chicas, hasta los entrenadores follando, sin reglas ni castidades. Con uno de esos textos conseguí mi primer logro: una mención en el concurso local de literatura erótica.

Hasta ahí, todo bien. Mis padres me apoyaban, pagaban mis cuentas, me daban cobija en casa, compraban mi comida. Excelente. Ya las chicas me piropeaban en la calle, los chicos me invitaban a beber solo por ganarse un beso mío, y en el taller era el monitor de narrativa joven. Pero mis padres se divorciaron de un día al otro, yo diría de una hora a la otra. En la mañana salí para el *gym* y estaban estupendos, regresé

al almuerzo y noté que algo estaba raro, como fuera de lugar, en la tarde corrí al taller y, de regreso en la noche, estalló la bomba. Mi padre se marchaba con las maletas. Mi madre lloraba inconsolable. Ninguno quiso explicarme lo que ocurría. Me pareció extremo, mi madre adoraba a mi padre. Pensé entonces que había una amante de por medio, pero ellos insistían en evadirme. Lo último fue que mi madre me dijo que buscara a papá, él era el que debía explicarlo. Eso hice. Pero no podía intuir cuán grave era el asunto. Lo enfrenté, y al fin me confesó:

—Me gustas, hijo...

—¿Cómo...?

—Cada vez que te veo tengo deseos de poseerte... lo siento, lo siento, hijo.

### III

Me fui de casa ese mismo día, mi vergüenza era enorme: mi padre enamorado de mí, mi padre deseando acostarse conmigo... deambulé toda la noche por la ciudad, con el móvil apagado para evitar las llamadas de mi madre. La pobre, ahora que lo pienso, perdió en un solo día a las dos personas más importantes de su vida. Pero yo no podía mirarle a la cara, cómo hacerlo y saber que mi padre la abandonaba por mi causa. Amanecí en un parque frente al *gym*, mi colega Samuel me despertó.

—¿Qué haces ahí...?

—Me fui de casa.

—Problemas con los viejos...

—Sí, ya no podía seguir viviendo con ellos.

—¿Y ahora...?

Lo miré y entendió en el acto la respuesta. Se rascó la cabeza como pensándolo, soltó un suspiro y me dijo:

—Ok, hermano, puedes pasarte una temporada en mi casa, pero tienes que buscarte lo tuyo, *brother*.

Samuel vivía en un apartamento pequeño, una habitación; a mí me tocaba dormir en el sofá. Ah, y encargarme de los quehaceres como pago por el hospedaje y la comida. En aquel momento aún no vivía con su novia actual, una tal Dian que tiene pinta de chico. Muy pronto me di cuenta que para Samuel no bastaba, me enviaba indirectas: tenía que buscarme un trabajo, y finalmente me sugirió uno.

—Esta noche viene un amigo a buscarme para salir, tomar algo y pasar un rato.

—Ok, no te preocupes, yo no pienso ir al taller esta noche, así cuido la casa.

—No, no... tú vienes conmigo. Ese amigo del que te hablo paga por la compañía, entiendes, y hoy quiere dos chicos.

—¿Cómo que paga por la compañía? ¿Quién hace eso?

—Mucha gente, *brother*. Paga bien y tú lo necesitas.

—¿Es solo compañía?

—Vamos vístete, que te explico.

Claro que no era solo compañía. El tipo quería montar un trío. Fue mi primera relación sexual, un trío con aquel cincuentón de barriga enorme y mi colega Samuel. Samuel llegó hasta penetrarme. A pesar de la situación, el sexo fue bueno, me gustaba besarme con Samuel mientras el tipo me chupaba el pene. Sentía incluso cosquillas cuando mi colega me

follaba y al mismo tiempo me abrazaba; llegó a correrse dentro de mí y el otro enloqueció de placer al ver cómo salía el semen. Yo en cambio me quedé congelado mirando a Samuel. Estaba tan serio y perdido que él lo malinterpretó.

—Lo siento, *brother*... no sé qué me pasó, estaba tan a gusto que no puede aguantar.

No dije nada, algo me alentó a acrecentar la duda en él, a seguir el juego de esas conspiraciones casuales. En realidad, me había gustado tanto como a él, y desde entonces vi a Samuel de otra manera. Creo que comencé a enamorarme.

Los tríos se repitieron con varios clientes, y luego me enviaba a mí solo. Cada vez tenía más solvencia y me hundía de amor por Samuel. Él, inconscientemente, era atento, cariñoso, creo que me mimaba, y eso me atraía más. Pero se jodió cuando le dije lo que sentía. Se espantó, llegó a ofenderme. Otra vez a la calle, aunque en esa ocasión tenía un trabajo en el que, como en todos, existían las altas y bajas.

Apenas me separé de Samuel (me gustaba pensar que era una separación), comencé a perder clientes. Rápidamente tuve que inventarme medidas de crisis, y no saben lo que se me ocurrió...